

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Inquietud del alma*, por doña Antonia Diaz de Lamarque.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Un sueño*, (conclusion), por doña Blanca Rosa Rodon.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte una lámina de crochet y el pliego diet del tomo cuarto de la *Galería de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

X.

CLARA Á MÉLIDA.

Madrid, enero de 18...

Honorina ha salido hoy para ese pueblo, hermana mia: ¡qué peso tan grande se me ha quitado del alma! ¡Dios mio! ¡sentir el dolor de los celos á los tres meses de casada!

Camilo nada ha debido conocer de lo que pasaba en mi interior: y sin embargo, ¡cuánto he sufrido! ¡qué tristes dias he pasado! ¡cuántas noches sin sueño!

Yo, hermana mia, no me he quejado: me acordaba de haberte oido decir que el quejarse de ciertas penas es indigno, y encerré todas las mías en el fondo de mi pecho.

Camilo ama á Honorina, y esta á él; es evidente: muchas veces se salía mi marido de casa y se iba á la de ella: al verla entrar en la habitacion en que nos hallábamos, su corazon latia de gozo... esto él no lo sabia, pero yo lo veia muy bien...

¿Desde cuándo se amarán? esta es la pregun-

ta que me hago cada dia: ¿qué tendrá esa mujer para los ojos de mi marido que yo no posea? Hermana mia, Dios sabe que no pasa un dia sin que le pida la gracia de hacerme amable á los ojos de Camilo.

Mas, en fin, ella se aleja, y está bantante distante el sitio donde va, y del que ojalá que no volviera nunca.

Hay en los celos cierta cosa vergonzosa y triste, ¿no es verdad? parece como que se halla una rebajada á sus propios ojos solo con sentirlos, y los oculta de los de todos con el mayor cuidado.

Chasco amargo ha sido el que me he llevado al hallar á mi marido lo mismo que á los demás hombres! ¡él tampoco es fuerte, y sobre todo ¡ay de mí! ¡no me ama! Si me amase, ¿amaria tambien á otra? ¿Huirió de mí como lo hace? ¡ah, no! ¡y mil veces no!

A pesar de mi propósito firme de disimular, si los labios han callado, el rostro ha vendido mi secreto. Camilo me vé siempre con ceño, pero ni se queja, ni me reconviene: hace como que no vé mi tristeza y mi enojo: ¡tanto peor para él! la indiferencia de los hombres nos releva, á mi parecer, de muchas consideraciones. ¿Por qué no he de brillar en el mundo, siendo como soy buscada, aplaudida y halagada en él?

¿Por qué he de vivir en este perpétuo retiro? ¿acaso para acompañarle á él que suspira

por otra? ¡no, no! yo iré á todas partes, ya sea sola, ya con nuestra madre; yo disfrutaré de las diversiones, me abonaré á los teatros, oiré las galanterías de todos, y alentaré á los que me las dispensen con mis coqueterías! ¡mas paciencia y resignación he tenido para la causa del mal que para sus efectos! estos son los que no puedo soportar!

¡Ay, hermana mía! Camilo se casó conmigo por lástima: ahora lo conozco! y esta idea me humilla tanto, que desearía morir... ¿para qué quiero yo la vida? á pesar de mi decantada belleza, no he hallado aun quien me ame de veras... nadie, ni aun mi marido!

Nuestra madre nada sabe de mis penas: solo á tí las confío, porque ella se aflijiría demasiado: ¡pobre madre mía! ¡me cree feliz, y no me atrevo á desengañarla! Tú, Mérida, que tienes tanto tacto y tanto talento, háblale á esa mujer, y procura sondear su corazón y averiguar si Camilo se casó conmigo solo para ocultar sus relaciones con ella según me temo.

¡Oh, Mérida, si pudieras venir! todos suspiramos aquí por tu presencia: hasta Camilo te nombra sin cesar, y creo que él sería tan dichoso como nuestra madre, y como yo, si pudiésemos alcanzar que vinieras algunos días entre nosotros.

¿Cómo se pasa ahí tu solitaria vida? egoísta como lo son todos los que sufren, no he hablado en esta carta mas que de mí, y, sin embargo, yo pienso en tí á todas horas, y me compadezco de tí aun mas que de mí misma.

¡Qué triste cosa es la pobreza! por ser pobre nuestra madre, te has casado tú con ese labriego: por lástima á nuestra pobreza, se casó conmigo el conde de Peñafiel... ¡cómo aborrezco á los opulentos!

Camilo me dijo ayer que Valentina se viene de París con su marido: ¡esos si que están mimados por la fortuna! ¡qué dichosa será ella! ¡pero yo!... ¡ay! amo tanto á Camilo, que si no puedo ocupar mi sitio en su corazón, le pediré al cielo la muerte, como el mayor favor que de su piedad puedo esperar.

Adios... las lágrimas me ahogan! recibe un abrazo de tu desgraciada hermana

CLARA.

(Se continuará).

Maria del Pilar Sinués de Marco.

INQUIETUD DEL ALMA.

La tristeza, Señor, con negro velo
Cíñe mi corazón, nubla mi frente,
¿A dónde alivio encontrará en el suelo
La profunda ansiedad que el alma siente?

El genio del placer tiende sus alas,
Derrama en torno embalsamadas flores,
Mas ¡ah! no ahuyentan sus brillantes galas
Del espíritu inquieto los dolores.

No los ahuyenta. Con afán profundo
El pensamiento enagenado vuela,
Y lejos vé, muy lejos de este mundo,
Las altas dichas que agitado anhela.

Venturas celestiales adivina,
Inmenso bien que nunca desaparece,
Y ¡cuán pálida entonces, cuán mezquina,
Luce la gloria que la tierra ofrece!

¿Será vano este afán, santo Dios mío?
No, que anuncio de eterna bienandanza,
Calmando nuestro ardiente desvarío,
El hábito nos das de la esperanza.

¡Esperanza inmortal! Ella es el faro
Que en el lóbrego mar de la existencia,
A la santa virtud presta su amparo,
Y sobrehumano aliento á la inocencia.

Truécanse en flores con su aliento puro
De la vida los ásperos abrojos,
Cuando un instante al *inmortal seguro*
Por ella alzamos los inquietos ojos.

Ella es fuente de paz, ella el consuelo
Que hallamos en las duras aflicciones,
Y misterioso núnen que en su vuelo
Arrebata la mente á otras regiones.

Y bríndanos perpétua bienandanza...
¡Oh! si en su aliento celestial te inspiras,
Si su sonrisa á contemplar alcanzas,
Espíritu inmortal, ¿por qué suspiras?

SEVILLA.

Antonia Diaz de Lamarque.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuación.)

Los labios de la maestra, algun tanto descoloridos desde su pasada enfermedad, se pusieron completamente blancos, cerró cuasi los ojos

donde se hubiera podido adivinar cierto centelleo originado por el despecho, y con voz que parecía afectuosa, preguntó:

—¿Y quién es el dichoso?

—¡Pues qué no lo sabeis! repuso Eulalia con extrañeza.

—Nó; desde que he estado enferma vivimos en el limbo, nadie viene a casa, Salvador apenas sale y Coloma no se aparta de mí.

—Pues me caso dentro de pocos días con un capitán de la guarnición, llamado Inocencio Alcalá. Tiene treinta y cuatro años y es solo, como Adán en sus primeros días. No creo hacer ningún disparate, pues, aun cuando viuda, no he cumplido los veinte y siete, y desde que Dios tuvo á bien llevarme mi niño del alma, la soledad que me cerca es espantosa. ¡Hijo de mi corazón! cuando recuerdo que intentásteis detenerle y que todo fué inútil...

—A qué hablar de eso! Es claro que no haces ningún desatino, cástate y que Dios te haga muy feliz.

—Para serlo completamente, es para lo que necesito un favor vuestro.

—¡Un favor mio! veamos.

—Un favor que á vos sola demando porque en vos sola estriba el concederle, y que no os pediría á quererme vos menos, y no deberos yo tanto. Si, porque no olvidaré nunca que vos me enseñásteis á rezar, á leer y á ser buena y caritativa, y por eso he mirado y miraré siempre á la que fué mi maestra como á una segunda madre.

—¡Por eso me has visitado tanto en estos últimos tiempos!

—Alcalá se oponía celoso de Salvador: quizás no debí ceder á esa exigencia; pero no llegaré á tanto vuestro rencor que me negueis lo que os voy á pedir.

—Veamos qué es ello.

—Vuestro consentimiento para el enlace de Salvador y Coloma: hace tiempo, mucho tiempo que se aman en silencio y que son muy desgraciados aun cuando no se quejan: pronunciad una palabra que les haga dichosos, ellos os la piden conmigo, pronunciadla, que no os arrepentireis.

Dijo Eulalia. Y levantándose de su asiento y sentándose en un taburete, que á los pies de la maestra había, cogióle las manos redoblando sus instancias.

Salvador, que desde la llegada de la viuda no había pronunciado una palabra, la miró con

sorpresa; mas, al volver los ojos hacia su madre, tuvo miedo: tan lívido por la cólera encontró su rostro. Pero ese temor desvaneciéndose pronto, pues dominando la maestra la tempestad que tal solicitud levantaba en su alma, contentóse con lanzar de sus medio cerrados ojos un rayo sobre Coloma, que pálida y trémula no alzaba los suyos del suelo, y decir con amarga ironía:

—¿Cuándo se ha urdido el complot, y cómo ha podido ser sin venir tú á casa, ni ir ellos á la tuya?

—Madre, exclamó Salvador levantándose, ofendeis á Eulalia, cuya generosidad y nobleza acabo de conocer en este momento; ofendeis á Coloma incapaz de todo ardid, y ofendeis á vuestro hijo que ha sabido amar sin esperanza muchos años. Decid que nó, si tal es vuestra voluntad, pero no nos injuriéis con semejante suposición.

—¿Y por qué nó, en vez de sí? repuso Eulalia medio arrodillándose sobre el taburete y abrazando á la maestra. Si que consentís, prosiguió, porque nadie mas digna que Coloma de ser hija vuestra: ¿verdad que consentís, porque ellos os lo suplican, y yo os lo ruego en nombre de mi pobrecito hijo, que tanto os queria, y cuya última mirada fué para vos? Decid que sí, y vereis el bien que os causa la felicidad de ambas y las bendiciones que mi niño os mandará desde el cielo.

A estas palabras la señora Tuyas echóse atrás, y hubiera caído de espaldas á no sostenerla Eulalia que la tenía abrazada. Mas esta impresion fué de un instante; recobró al punto su aplomo y dijo con voz lenta, aunque ligeramente temblona:

—¡Olvidas que son parientes, que la casa está atrasada y que la dispensa cuesta mucho!

—¿Y quién repara en dinero, cuando lo que se compra es la felicidad de los hijos? Hablad si no le teneis, que no faltará quién se crea dichoso en proporcionárosle.

—Gracias, Eulalia, repuso Salvador muy conmovido; que consienta mi madre, que el dinero no faltará.

—Ya lo oís, con que no alegueis excusas que no admito; decid que sí, por ellos, por mi niño y por mí que tanto os quiero.

—No se hable mas; puesto que es empeño tuyo y que ellos lo descan, cáisense en buen hora y que Dios los bendiga.

—Gracias, gracias, repitió la viuda abrazan-

do despues de la maestra á la anonadada Coloma, mientras Salvador, que creia soñar, miraba á su madre con asombro.

—Sí, consiento, repitió la maestra al verle de aquel modo, consiento en que os caseis y Dios os haga felices.

A estas palabras, Salvador se arrojó á los pies de su madre y cogiéndole las manos, exclamó con estraña amargura:

—¡Ah! madre, ¡por qué habeis tardado tanto tiempo en consentir!

Mas ese involuntario reproche, esa especie de sombra que el recuerdo de lo pasado proyectó un instante sobre su futura felicidad, desvaneciéndose pronto con la satisfaccion presente como medrosa nube ante el brillo del sol.

Salvador y Eulalia, pues Coloma en su pudorosa alegría no osaba alzar los ojos ni proferrir un acento, comenzaron á hacer planes para el porvenir y á contar el tiempo que debia tardar la dispensa. El contento de ambos era estremado, cuando una puerta que daba al interior y patio de la casa, se abrió de pronto y Dalmacio, pálido y jadeante, arrojóse en la habitacion.

—¿Qué es eso? ¿por dónde habeis entrado? preguntó la maestra sobresaltada.

—Por el pozo, contestó rápidamente el jóven, y dirigiéndose á Salvador añadió: huye, huye por él.

—¡Huir mi hijo! ¿por qué? repuso la maestra levantandose al mismo tiempo que Salvador.

—Acaba de descubrirse el cadáver de Peralta que le acusa de su muerte.

—¡Peralta! gritó Salvador, y como si hubieran roto instantáneamente todos los resortes de su cuerpo, cayó desplomado sobre su asiento.

La maestra, muda de asombro, sacudió á Dalmacio por el brazo, quien, comprendiéndola, dijo:

—Sí, Peralta le acusa, y ya lo sabe toda la villa.

—¡A mi hijo! imposible, imposible....

—Hélo aquí, en esta cartera que en vano para librarle he corrido á buscar: y el jóven le presentó abierta la antigua cartera que la aterrada madre reconoció al punto y en donde se leia en grandes caracteres la terrible acusacion.

La maestra la arrebató con mano trémula, mas apenas fijó los ojos en la gruesa y sangrienta línea que brillaba ante ellos como una sen-

tencia de muerte, como el fatídico *Mane, Thecel, Phares*, haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, gritó: ¡Mentira, mentira! habla, Salvador, y di que es una calumnia.

Salvador, lívido y desencajado, tornó á levantarse, y con firme, aunque tristísimo tono, repuso:

—No, madre; pues el dedo de Dios me señala por medio de un muerto, no seré yo quien niegue mi delito.

A tan inesperada confesion, la triste madre lanzó un grito y cayó sin sentido en brazos de Eulalia. [Coloma escondió aterrada el rostro entre las manos, la voz de «ábrase á la justicia» acompañada de fuertes golpes, resonó al mismo tiempo en la puerta, hácia la que se adelantó Salvador, mientras Dalmacio levantaba del suelo la malhadada cartera y la sepultaba rápido entre las brasas de la chimenea.

X.

¡Cuán vanas y efímeras son las ilusiones de la humana dicha! mariposas que nos encantan al revolver lejanas por la estension de los valles; edificios sin cimientos alzados lentamente en el decurso de muchos dias, y que el huracan con su soplo derriba en un instante,

El heno de los campos y el arroyo que brota con la tormenta no tienen tan corta vida, como el contento de Salvador y Coloma.

(Se continuará.)

Maria Mendoza de Vives.

UN SUEÑO.

(Conclusion.)

Ese era el puesto reservado á la premiada; asi es que al ver la accion del jóven, miles de maldiciones fueron lanzadas por las envidiosas aldeanas sobre la inocente Dolores, que habia cometido el gran delito de saber mas que ellas.

¡Oh! ¿Cuándo será apreciado por las de su sexo el verdadero mérito en la mujer, y no procurarán ajarla con cuantos medios les sugiere su malévolos corazón? Nunca, interín la envidia habite en ellos, pues este sentimiento es la hoz de que se vale Satán para segar toda planta buena.

El premio fué concedido á Dolores, y al ponerle don Enrique el cinturón, le preguntó:

—¿Quién os ha enseñado á tejer la preciosa palma que habeis presentado, hermosa joven?

—La Virgen, señor, contestó sin vacilar Dolores.

—La Virgen, decís? preguntó admirado don Enrique. ¡Oh! me explicareis ese misterio esta tarde en el baile, pues sereis mi compañera; ¿no es cierto?

—¿Qué os negaría á vos, que tan feliz me habeis hecho, señor?

Don Enrique contempló por un momento aquel dulce semblante, y murmuró con tristeza:

—¡Dios quiera que, al haceros feliz á vos, no haya hecho para siempre desgraciado á otro!

—¡Oh, señor! ¡explicaos! ¿Qué quereis decir? preguntó la joven con ansiedad.

—Mas tarde, mas tarde os lo explicaré, Dolores.

Interin pasaba esta conversacion, Ana y Clemencia, que momentos antes eran enemigas, se reunieron y entablaron el siguiente diálogo:

—¿Qué te parece, Ana, cómo se nos ha llevado el premio esa señorita?

—Eso decia yo, Clemencia, que no se debía permitir á quien no es de aquí, que participara de una fiesta que se ha hecho para nosotras.

—Miren cómo está con don Enrique.... Si á él le gustara como á mí....

—Y como á mí, que no puedo pasar á ninguna de esas que se hacen las señoras, y quien sabe de dónde han salido!

—Guerra á ella, Clemencia, y veamos quien gana!

—Sí, sí, Ana; ¡guerra á la melindrosa!

Y las envidiosas se separaron. ¡Oh, jóvenes! ¡Con qué facilidad labrais la eterna desgracia de aquella de vuestras compañeras que Dios ha hecho superior! en vez de alegraros por ello, os complacéis en destruir sus esperanzas, sus ilusiones, sin que os enternezcan los gemidos de profunda desesperacion que arrancais á su inocente corazon, lacerado cruelmente por vosotras!

Por la tarde, en el baile, esplicó Dolores á don Enrique el ferviente voto que habia hecho á la Virgen, y al concluirse la alegre reunion, la joven era dueña absoluta del corazon del generoso mancebo.

Todo era observado por Ana y Clemencia, y su odio se aumentaba á medida que descubrian nuevos encantos en la joven.

Cuatro ó cinco dias despues, fué D. Enrique á visitar á Dolores. La joven estaba sentada

bajo un árbol, y saludando amistosamente á su compañero, le preguntó:

—D. Enrique, en el baile no quisisteis explicarme el significado de lo que me dijisteis al ponerme el cinturon! ¿lo hareis ahora?

—Sí, Dolores; pero antes teneis que satisfacer una pregunta.

—¿Y és? dijo la joven.

—Si amais á alguno, murmuró el joven con ansiedad.

Una sonrisa entreabrió los labios de Dolores que contestó:

—Si amar comprendéis vos que es ese sentimiento que transforma completamente á la persona, inspirándole ideas de felicidad que jamás ha tenido, dándole valor para llevar á cabo los mayores sacrificios, cuando de ello se le sigue algun bien á la persona amada, y siendo indispensable su presencia para nuestra felicidad.... embriagándonos de dicha al ver su mirada amorosa fija en nosotros....

—¡Y bien! dijo D. Enrique con la voz trémula por la ansiedad.

—Entonces.... ¡sí, amo! murmuró Dolores, fijando su pura mirada en el pálido semblante de D. Enrique.

—¡Ah! exclamó este ocultando el rostro en las manos.

—Por Dios, D. Enrique; ¿qué teneis?

—¡Oh, Dolores! bien os lo dije que, al haceros feliz á vos, haria desgraciado para siempre á otro. Y una ardiente lágrima se coaguló en su megilla.

—Venid, D. Enrique, venid donde está mi madre, repuso Dolores, y penetró en la casa diciendo:

—Mamá, aquí está D. Enrique.

La anciana dirigió una tierna mirada al joven, y tomando su mano, le dijo:

—Bien venido sea el que nos ha hecho felices.

D. Enrique buscó la mirada de Dolores, pero la joven no estaba allí. Una hora permanecieron solos la anciana y D. Enrique: la dulce voz de aquella llamó á su hija y le dijo:

—Hija mia, D. Enrique te ama: ¿quieres ser su esposa?

—¡Oh, madre mia! es mi suprema felicidad lo que acabais de decir.

—¡Dolores mia! exclamó D. Enrique estrechando á la joven en un puro abrazo.

—Sí; ¡tuya, ó de nadie! murmuró la joven en su oído.

—¡Virgen santa, hacedlos dichosos! dijo la

anciana elevando su mirada al firmamento.

Desde este día, no se separó D. Enrique de su adorada Dolores ni de la anciana, y jamás estos tres seres habían gozado una felicidad mas completa. Pero llegó un día en que esta tranquila dicha se vió interrumpida, pues una carta que recibió D. Enrique le anunciaba que su padre era víctima de una cruel enfermedad, y que si queria verle vivo, inmediatamente partiera. Triste fué esta separacion, pero no era posible evitarla. Los amantes se separaron y transcurrió mucho tiempo sin saber uno de otro, hasta que comenzaron una correspondencia por escrito. Mas de pronto las cartas de D. Enrique cesaron completamente, sin que la pobre jóven comprendiera la causa.

Una atroz melancolía se apoderó de la infeliz, que, cual gusano roedor, iba consumiendo su existencia. Ya habían transcurrido seis meses desde la marcha de D. Enrique, cuando le presentaron una carta que hizo palidecer de gozo á la enamorada doncella.

Mas un triste gemido salió de su débil pecho al leerla, y estendiendo sus manos hácia su madre, cayó sin sentido.

Aquel fué el golpe que concluyó de aniquilar su vida. La carta contenia estas desgarradoras palabras:

«Señorita: Sé que hace tiempo teneis relaciones con otro que no os quiero nombrar, y al que seguramente amareis mucho, si puede caber amor en vuestro corazón, cuando vive en vuestra casa. Os lo digo para que sepais que no estoy inocente de lo que haceis, y que podeis entregaros sin recelo alguno á vuestros nuevos amores, segura de que no irá á importunaros—*Enrique.*»

La triste jóven no quiso justificarse de tan grosera calumnia, y jamás el nombre de Enrique volvió á salir de sus labios. Pasaba los días enteros sin hablar ni moverse de un sitio, con la mirada fija en el espacio; pero serena, y, al parecer, sin recordar lo pasado. Este dolor mudo desgarraba el corazón de su madre, que veía morir por momentos á su querida hija.

Por fin, llegó el terrible día en que Dolores, que ya no se levantaba, dijese á su pobre madre:

—Mamá, me siento morir: ¿quieres hacer lo que te diga?

—¿Qué, Dolores mia? preguntó la anciana con ansiedad.

—Mira, mamá querida; el sol que nos alum-

bra ahora es el último que verá tu hija; abre ese balcón para que contemple sus últimos rayos; y despues, madre mia... un sacerdote.

—¡Oh, Dolores! no desgarras mas mi corazón. ¿Por qué has de morir, idolatrada hija de mi vida? dijo la anciana con desesperacion.

—Tranquilizaos, madre mia, y tened valor. ¿No veis que serena estoy yo? Estadlo vos tambien, y hacedme el favor que os pido.

—¿Que tenga valor? ¡Oh! no conoces el dolor que despedaza mi alma, Dolores! ¿Que tenga valor de verte morir, hija mia? ¡Oh, Virgen Santa! ¡Apiados de mí! Y un sollozo desgarrador ahogó la voz de la infeliz madre.

—¡Mamá querida! no te desesperes así! ¡No me dejes morir sin un sacerdote!

La anciana lanzó un grito desgarrador y salió de la habitacion.

Momentos despues, tres graves toques anunciaban la salida del Rey de los cielos y la tierra, que iba á visitar á Dolores. El ministro del Señor recibió la confesion de la moribunda, y, al administrarle la sagrada comunión, le preguntó:—Dolores, ¿perdonais á vuestros enemigos?

—¡Sí, padre mio! murmuró la jóven.

Iba á contestar el sacerdote, cuando dos mujeres se precipitaron en el dormitorio esclamando:

—¡Perdon, Dolores, perdon!!

Eran Ana y Clemencia.

—¿Qué me habeis hecho vosotras? preguntó Dolores admirada de aquel grito.

—¡Oh, Dolores! nosotras somos las que, ciegas por el odio que os teniamos porque nos érais superior en todo, le digimos á don Enrique que teniais un amante, dijo Clemencia con la voz entrecortada por los sollozos.

Un doloroso estremecimiento agitó á la triste víctima de aquellas malvadas, y con débil voz dijo:

—Que el Salvador os perdone como lo hago yo, aunque me habeis hecho mucho daño.

—Pues yo no os perdono, miserables!! gritó una voz varonil, y D. Enrique, en quien nadie había reparado, cayó de rodillas delante de Dolores.

—¡Enrique...! ¡Oh, Dios mio!... ¡qué felicidad!... ¡yo muero!...

—¡Dolores! ¡Dolores mia! ¡ángel de mi vida! ¿perdonas á tu Enrique?

Una sonrisa celestial se dibujó en los labios de la moribunda, y su mirada se fijó en la de



su adorado Enrique, cuya mano estrechó débilmente.

—¡Oh, Enrique!... mi madre!... vive... con... ella... y....

—No pudo acabar: su voz espiró, y con la vista fija en el hombre que tanto había amado, exhaló el último suspiro.

Un rayo de sol penetró en la habitación, y un lindo colorín se posó en el alfeizar del balcón, entonando un canto triste y cadencioso. ¡Oh! sin duda que esa fué la visión que inspiró al melancólico poeta la dulce balada que comienza:

Si al rayo de blanca luna,

Solitario y estraviado,

Veis á un cisne en la laguna

Moribundo alzar su canto,

No os dé pena, viajador;

Que aunque morir es su estrella,

Es una muerte muy bella

Morir por amor.

Quince días después volvía Enrique de un viaje, y al estrechar las manos de la anciana, le dijo con sorda voz:

—¡Ya está vengada!

—¿Qué habeis hecho, Enrique? preguntó con sobresalto la pobre madre.

—Menos de lo que merecen, madre mía. Están encerradas para siempre, y la vil lengua, que nos arrebató á nuestro ángel, les ha sido arrancada.

Un grito de espanto salió de mis labios y trémula de terror desperté.

Todo era un sueño, bien triste, por cierto. ¡Si! un sueño en que ví castigada la calumnia, como merece serlo, sea quien quiera el calumniador.

El que no quiera ser castigado que no se haga reo. ¿Y puede haber crimen mas atroz y al mismo tiempo mas denigrante que la calumnia?

En mi pobre opinion, no hay pena suficientemente severa para castigar esa culpa, como tampoco hay seres mas degradados que los viles que usan de ella en cualquier sentido que sea.

Jamás calumnieis, jóvenes amigas; porque aunque al parecer quede impune vuestro delito, llegará día en que el Juez Supremo os pida cuenta de vuestras palabras, que vosotras habreis empleado en labrar la desdicha de vuestros semejantes, haciéndoos desgraciadas en esta vida y en la otra.

Blanca Rosa Rodon.

MODAS.

Uno de los mas bellos astros de la corte de Francia, va á eclipsarse con las nubes de un luto riguroso.

El duque de Morny, presidente del cuerpo legislativo, acaba de morir: y su esposa, la joven y encantadora duquesa, desaparecerá, al menos por algunos meses, de los salones.

Mme. de Morny es dama de honor y una de las mejores amigas de la emperatriz: cuando esta arregló sus habitaciones particulares en las Tullerías, hizo colocar en una cámara ocho retratos de las damas mas bellas de la corte: en primer término descuella el de la duquesa de Morny.

Es rubia, de espléndida cabellera dorada y vaporosa: sus ojos, azules como el cielo, dulces como la sonrisa de la infancia y tristes como el primer dolor, han sido cantados muchas veces por los poetas franceses.

Los trages de dos faldas son los que alcanzan mas favor: se llevan bordados en seda con guirnalda de un color mas oscuro que el del traje, lo que es verdaderamente distinguido.

Las mangas son cada día mas estrechas: los cuerpos cada día mas cortos: los cinturones cada día mas anchos.

Sin embargo, las mangas un poco anchas de arriba y plegadas ligeramente, son mas bonitas que las que se hacen completamente ajustadas al brazo en la parte superior.

Correspondencias de París nos hablan de la bella marquesita de T... como de una de las mujeres mas de moda y mas elegantes: jamás retrocede ante los caprichos de la moda por escéntricos que estos sean.

En todas las fiestas aparece con unas *toilettes* maravillosas.

En el baile dado en su residencia del Palais-Royal por el principe Napoleon y la princesa Clotilde, se ha presentado deslumbradora como el sol.

Llevaba un traje de raso blanco adornado de blondas blancas, cojidas de trecho en trecho

con hebillas de esmeraldas: sobre este traje lucia otra falda de crespon verde de agua, que formaba manto de corte, guarnecida de una orla de plumas blancas, superadas por dos sartas de perlas.

El cuerpo, muy escotado, tenia una berta formada de plumas y sujeta con hebillas de esmeraldas.

El tocado era de plumitas blancas y esmeraldas.

Despues de esta brillante aparicion, la marquesa de T... ha desaparecido de los salones: durante muchos dias, todas las visitas que han acudido á verla, han tenido que retirarse sin haberlo conseguido.

—La señora está ausente: la señora se halla indispuesta: la señora no recibe á nadie: hé aquí las palabras que los criados repetian á todos los que se presentaban.

Un dia llegó una de las amigas mas curiosas de la marquesa: se le dijo que esta habia salido de casa; pero aquella, apartando á la camarera, penetró en el gabinete de la marquesa, delicioso boudoir, y sentándose resueltamente, juró esperarla, aunque fuese hasta la puesta del sol.

Para calmar su enojo, la bella curiosa tomó un volumen de poesías nuevas, pero la impaciencia le impedia seguir durante largo tiempo la misma distraccion; de la poesía pasó á la música, y, sentándose al piano, se puso á recorrer el teclado.

Apenas habia hecho sonar algunas notas, le pareció oír un ruido singular y cadencioso en un gabinete situado á su espalda, y que era el que habitaba ordinariamente la marquesa.

La cólera enrojeció las facciones de la curiosa dama.

—¡Y qué! se dijo: estará en casa y se negará á recibirme?

El ruido se dejó oír con mas claridad, y pudo conocerse que era producido por un traje de seda: un instante despues, la linda marquesa apareció á la puerta del saloncito.

—Querida mía, dijo á su amiga, todos mis vestidos estaban ya usados, á lo menos una vez; así es que para remediar el descuido inconcebible de no haber hecho otros con tiempo, me he encerrado en mi casa mientras me confeccionan algunos: como ya tenia este nuevo, me he decidido á recibirlos.

Llevaba la marquesa una encantadora bata

de foulard de las Indias, color punzó con lujos arabescos negros: esta bata se hallaba adornada en forma de delantal de la manera siguiente:

Bajaba desde el talle un volante montado de cinco en cinco pliegues: cada grupo de estos pliegues era de distinto color: cinco de tafetan blanco orillado de una cinta punzó: otros cinco de tafetan punzó orillados de cinta blanca; la bata se abría además sobre una enagua guarnecida por dos anchos volantes de valennciennes.

El cuerpo era liso con mangas ajustadas: y sobre este llevaba una verdadera vesta oriental sin mangas, y solo con hombreras orilladas de otro volantito como el de la falda.

Sobre los hermosos cabellos de la marquesa se veía una gorrita indescribible, pues se asemejaba á una nube de gasa: tanta era su gracia y ligereza.

Nosotras creemos que el sacrificarse hasta encerrarse en casa por no tener vestidos nuevos, es llevar demasiado lejos la pasión del lujo.

Pamela.

LABORES.

Explicacion de la lámina de crochet.

Núm. 1. Dibujo para fondo y orla de cubrecama, edredon ó almohada. El encage podrá servir para guarnicion de mantelillo de altar.

Núm. 2. Velo para respaldo de sillón, y principalmente siendo de hechura *Voltaire*: al rededor se le pondrá bien sea una franja, bien un encagito al crochet; ó bien la guarnicion del dibujo núm. 1 que se disminuirá de anchura disminuyendo tambien la del fondo.

Núm. 3. Cubierta para brazos de sillón: se la rodeará de un encagito ó de un fleco.

Núm. 4, 5, 6 y 7. Cuadros para acericos ó para alternarlos con otros de bordado inglés, á fin de formar cortinas, cubre-camas, etc. Se les podrá asimismo bordar repitiéndolos para alternarlos con cuadros de malla bordados al pasado.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.